

ANTONIO JIMENEZ CASERO

eLABERINTO

COLECCIÓN NAGINATA
EXTRAVERTIDA EDITORIAL
SEVILLA 2020

© 2020, Antonio Jiménez Casero
© Diseño cubierta: Andy Jiménez
© Extravertida Editorial
© Colección Naginata

.....
Maquetación: Jaime Romero
.....

ISBN: 978-84-121197-8-7
1ª Edición: marzo 2020



Editado en Sevilla.
Impreso por Podiprint. Antequera. Málaga.
Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

PRÓLOGO

El viento se complace tumbando el árbol de raíces someras. Sabedor de esta máxima, Antonio Jiménez Casero jamás se ha desvinculado del niño que fue. No debe de ser fácil escribir desde la impostura, tratar de ser quien no eres, sobre todo si, como él, te sientes tan orgulloso de tus orígenes. Por eso, en las obras de este autor siempre encontramos personajes principales que también provienen del pueblo, en todas las acepciones del término, pueblo humilde pero con pretensiones de promoción social y de mejora de las condiciones de vida, ya sea en la antigua Grecia (*Medea murió en Corinto*), en la sufrida Extremadura, olvidada y castigada en tiempos pretéritos (*El morador insomne*), o en un simple koljós de la Rusia comunista (*eLABERINTO*), personaje este último que llega a ser una pieza clave en los Servicios de Seguridad de su país, gracias a su destreza matemática, pero nunca olvida sus orígenes humildes, si bien no son ni el orgullo ni el afecto los sentimientos que afloran cuando recuerda su miserable existencia en el koljós decrepito.

Pero, aunque narrador en primera persona, no es Valentín Borobiov el personaje principal de esta novela, sino una mujer: Svetlana Sokolova. Y es éste el que podríamos definir sin duda como hilo conductor de las cuatro novelas de Antonio Jiménez, creador de mujeres fuertes y decididas, y al mismo tiempo muy humanas, convertidas en heroínas precisamente por su propia humanidad. Svetlana es el Sol, la luz que alumbraba el mundo en épocas de oscuridad, la razón, la valentía y el altruismo, la siempre evocada y nunca presente que impone el imprescindible sentido común en momentos de extravío moral generalizado. Un personaje con tantos atributos positivos que resulta casi imposible no enamorarse de ella. Svetlana es la rama verde que nace del olmo seco, símbolo de la esperanza que nunca

debemos perder, la fe en el hombre como ser humano, la vuelta a esa Europa humanista que creyó en el individuo por encima de todo, oculta ahora bajo la pesada losa de la grisura reinante, una Europa, la actual, donde cuesta trabajo encontrar políticos que no estén más aferrados a su sillón que a sus ideas, si las tienen. Svetlana se define por contraposición con otro de los personajes, Vladimir Putin. Ella simboliza todos los valores que hacen del mundo un lugar mejor: es comedida en las formas, pero contundente y determinada en sus ideas y acciones; está ávida de libertad, no sólo desde un punto de vista político, sino también en el plano personal: «—*No me pongas cerco, Valentín. No intentes aprisionarme en tus necesidades o escaparé corriendo de tu lado*», dice a su amante para sentar las bases de una relación duradera; profesora de Historia de la Literatura Rusa en la Universidad Estatal Lomonosov de Moscú y lectora voraz de obras procedentes de otras culturas, como la griega, Svetlana Sokolova es una mujer cultivada y crítica con el mundo y el país que le han tocado en suerte; es también una activista convencida a favor de los derechos humanos y del medio ambiente y lucha desde su posición (sólo ostenta el poder moral, no el político) para que haya un acuerdo de todos los estados que frene el alarmante deterioro de la calidad del aire que respiramos o del agua que cubre nuestro planeta, como sugiere en la entrevista del famoso periodista Steve Ben Abram:

«—*Por otra parte —y cito sus palabras— usted ha dicho en muchas ocasiones que el futuro es un reto colectivo, que ningún país podrá afrontarlo solo, aislado en sus fronteras*».

«—*Lo he dicho desde luego, Steve. Y lo mantengo. Estoy absolutamente convencida. Urge encontrar procedimientos de explotación de los recursos de la tierra que no atenten contra el medio ambiente ni contra la solidaridad imprescindible entre las personas. Eso será imposible sin acuerdos que trasciendan las fronteras. El mundo debiera ser una patria sin fronteras*».

Aunque la personalidad de Svetlana se va definiendo a lo largo de toda la obra, esta entrevista es el momento culminante que nos muestra a este personaje en todas sus dimensiones, cuando adquiere más fuerza y Svetlana Sokolova es más Svetlana Sokolova. Aquí es donde podemos apreciar con mayor nitidez otras de las grandes cualidades de este personaje: la honestidad y la sinceridad. Nunca se sale por la tangente ante preguntas incómodas y llega a responder lo que quizá la gente no quiera oír:

«—¿No mentiría usted por una buena causa, Svetlana?», pregunta Steve Ben Abram. «—*La hipocresía tiene en ocasiones una función social; es una concesión que hacemos a la convivencia, una apuesta por mantener la paz. Pero no es noble y, casi siempre, es producto de la cobardía. No puedo asegurarle, sin embargo, que un día no mienta por una buena causa. No será hoy —añadió sonriendo. Hoy seré muy sincera con usted.*».

En esta entrevista, clímax de la novela, gracias a la habilidad y las preguntas certeras del periodista, Svetlana analiza las principales cuestiones políticas y humanas, dando su visión del mundo como es y cómo debería ser. Así, se habla de democracia sin apellidos, de libertad como base para aquélla, de corrupción, del futuro como un reto colectivo más allá de las fronteras, de la ONU como garante de esa política común, sin vetos ni ataduras, de migraciones, «*Un solo planeta, una sola humanidad*», dice Svetlana, de esa Europa vergel que cree en un Estado que garantiza los derechos civiles y los humanos, contrapuesta al descreído imperio de América, de esos euroescépticos que están emponzoñando la tierra del jardín que se cultivó con ternura décadas atrás, de paz, desarme y rearme, de delincuencia organizada y mafias. Es un repaso completo y exhaustivo de todos los problemas que amenazan al mundo en general y a Europa en particular.

A medida que avanza la novela, el lector va descubriendo en este personaje a una nueva Antígona, la más valiente heroína de

todos los tiempos, la mujer que se opuso al Poder porque su tío, el rey Creonte, la obligó a elegir entre cumplir la ley del hombre o la de los dioses, para ella un dilema moral insoportable, y pagó con su vida no haberse decantado por la impiedad. Lo que la convierte en la heroína fundamental de la tragedia griega es que ella sabía cuál habría de ser su amargo destino si enterraba a su hermano, y aun así lo hizo. Del mismo modo, Svetlana sabía cuán negro era el futuro de los opositores a Putin, pero eso no acalló su voz:

«—Usted, Svetlana, tiene los derechos humanos como base principal de su discurso político. Díganos, ¿no ha sentido miedo a las balas alguna vez?», pregunta Steve Ben Abram.

«—Detesto sentir miedo, Steve. El miedo pretende convertirte en un rehén. Librarse de él puede salvar a un ser humano de la ruina moral. El miedo no debería encontrar nunca acomodo en una democracia», responde ella.

El otro personaje, que aparece sólo como referencia y, contrario y opuesto a la personalidad de Svetlana es Vladimir Putin, antiguo agente del KGB, convertido hoy en presidente de la Federación rusa, político que ostenta un poder casi omnímodo en su país, *«un zar sin capa de armiño y sin corona»*, en palabras de Valentín Borobiov, *«un zar sin abolengo cómplice de una aristocracia de bandidos»*, en las del general Alexéi Golubev, el viejo oso siberiano. Si ella es la luz, la medida, la razón y la honestidad, él, su rival político, es todo lo contrario, él quien se aferra al poder por todos los medios, mejor si son oscuros e inmorales. No importa si el dedo acusador de los asesinatos de sus rivales políticos apunta a él, pues Putin tiene todo el poder y mueve todos los hilos. A veces nos da ejemplos de ostentación de su impunidad:

«Me vino al recuerdo aquel día la periodista Anna Politkovskaya que denunció de forma reiterada las violaciones de los derechos humanos en Chechenia por parte de los rusos. Su asesinato tuvo lugar el cumpleaños

de Vladimir Putin. Pudo ser una coincidencia o un regalo ensangrentado». Putin es un personaje desmesurado que se muestra ante su país como un héroe mesiánico y es calificado como «sátrapa, ególatra, autoritario, misógino y homófobo». En la intriga política que la novela plantea, nadie mejor que Vladimir Putin para ejercer de sospechoso de oficio.

Svetlana, por el contrario, encarna el pensamiento de ese humanismo europeo, en vías de extinción en nuestros días, que ha traído la mejor época a este continente, que ha aprovechado estos más de setenta años de paz para florecer económica y culturalmente sin olvidarse de los más desfavorecidos. Ella es una enamorada de esa Europa idealizada en la que ella, sin embargo, no ha vivido, pero es consciente de todos los peligros a los que estos países hermanados se enfrentan precisamente por la pérdida del humanismo y la absoluta hegemonía de las grandes corporaciones, para las que el ser humano es sólo consumidor y mano de obra lo más barata posible.

No es sólo este personaje el que ofrece una visión cargada de razón y de sentido común, porque en París Antonio Jiménez nos hace convivir con otros que irradian luz, conscientes todos del paraíso perdido, la Europa que fue, que tenía un proyecto común y aspiraba a ser punta de lanza del progreso económico, cultural y moral, una nación de naciones con diversidad de lenguas, sensibilidades y pensamientos donde el individuo estaba, sin embargo, por encima de todas las cosas, con derechos inalienables y la responsabilidad de ir creando un lugar mejor para vivir en paz y armonía, individuos solidarios con los más desfavorecidos dentro y fuera del continente y ávidos de un planeta donde ni el aire te envenene ni el sol te aje la piel. Pero estamos perdiendo la partida. La idea de Europa como casa común se ha ido apocando y descansa ahora temerosa en un rincón de nuestra conciencia, permitiendo así que se expandan esos males contra los que habíamos luchado y conseguido volver a in-

roducir en la caja de Pandora, debido a que los dirigentes actuales han dejado de mirar al Sol y se han concentrado más en sus propios ombligos, dando alas al egoísmo, a la insolidaridad, a la desidia, al nacionalismo más rancio y obsoleto y al fascismo que creíamos enterrado, ante el beneplácito y regocijo de las grandes potencias de otros dos continentes y la satisfacción de las grandes multinacionales, que saben que el mundo es suyo.

A pesar de existir hilos conductores que hilvanan las novelas de Antonio Jiménez, no son las anteriores las fuentes de donde más bebe *eLABERINTO*, ni en temática ni en estilo. La leche nutricia de esta nueva obra ha sido más bien *Crónica de la Indignidad*, el blog de crítica política y social que el prolífico escritor ha administrado durante varios años, prolijo en palabras y rico en escritos, certero siempre con los envenenados dardos con que el autor ha ido deshojando la flor marchita de las iniquidades políticas que han llevado a Europa y al mundo a este erial desprovisto de pensamiento crítico en que nos hallamos, a pesar de cuantas injusticias presentes y amenazas sobre los tiempos venideros nos rodean.

eLABERINTO es una novela bien estructurada, ágil de leer gracias al estilo directo característico de Antonio Jiménez y rica en descripciones, en la que predomina el diálogo sobre la acción, diálogos con los que el autor ha conseguido construir unos personajes cuyas almas rebosan humanismo, no sólo Svetlana, aunque principalmente, sino todos los demás, incluso el viejo oso siberiano, comandante en mil batallas de la guerra sucia, o el mismo Valentín Borobiov, técnico informático de altísima formación, pero poco dado a la lectura o a preguntarse por el mundo que lo rodea. Ambos, cada uno a su modo, han sido modelados por el cincel de Svetlana, portadora de la antorcha que alumbra a la humanidad. Gracias a ella, Antonio Jiménez va analizando todos los asuntos políticos y sociales que le preocupan -sin dejar de lado el arte, que ha servido de cimiento

cultural a nuestro continente-, ofreciendo al lector por boca de la protagonista su propia visión del mundo, un mundo humano y humanista que apueste por el hombre como centro en contra de las grandes corporaciones que lo esclavizan, un hombre consciente de sí mismo, conocedor y degustador de la herencia que el pasado le legó, solidario con las personas vecinas y aun con las que habitan lejanos lugares o las que deben abandonar su terruño para poder vivir o encontrar una vida mejor. Porque a pesar de estar situada en Rusia, *eLABERINTO* es una novela profundamente europea y europeísta, que nos acerca a una idea de Europa unida no sólo en los planos político y económico, sino también como alianza de unos países y sociedades que comparten valores comunes como la honestidad, el humanismo y la solidaridad, imprescindibles para la construcción de un mundo más humano, cualidades y virtudes que se contraponen a la corrupción reinante en Rusia y a la insolidaridad arraigada en los Estados Unidos. Pero desafortunadamente no estamos hablando de la Europa actual, sino de la concebida por los primeros políticos que vieron la posibilidad de convertir Europa en la casa común de todos los habitantes del continente: «—*Parte del proyecto político que me anima*» contesta Svetlana a Ben Abram, «*lo he elaborado contemplando, más que la Europa real, que es un proyecto inacabado y en riesgo, la idea de Europa que uno puede encontrar en sus declaraciones y en sus documentos fundacionales. El mejor lugar del mundo para vivir, Steve*». En ese sentido podríamos decir que *eLABERINTO* es una novela idealista, pues analiza los problemas globales que nos afectan, los riesgos que corre el hombre y el planeta que habita, y da una solución a cada uno de ellos, buscando así un lugar ideal donde quepamos todos, un mundo donde reine la concordia y la solidaridad, y no tenga cabida «*el que mata el latido de la primavera y corona con sangre la cuna del recién nacido*», en palabras de Pablo Neruda.

Otro momento importante en esta novela es la cena que comparten en París Mía Beaulieu, Gaël Fournier, Alain Lavigne y el

propio Valentín Borobiov, en la que este último es un mero espectador, aunque atento, lúcido y perspicaz, de la conversación de los otros tres. Es aquí donde se analizan otros dos temas principales en esta obra: el terrorismo yihadista, que nace de la desigualdad, la falta de un futuro claro en muchos países y el odio que la insolidaridad del imperio está fomentando, y, por otro lado, el nacionalismo rancio opuesto a la idea de una política común libre de fronteras que atenazan y constriñen.

He querido dejar para el final de este prólogo uno de los temas principales de esta novela, tan importante que ya se deja entrever en el título, *eLABERINTO*, y en el oficio del protagonista: la tela de araña que se extiende por todo el mundo, la que te hace crecer y al mismo tiempo te atrapa, depende de su uso, aunque desgraciadamente parece que está ganando la partida lo segundo. Vivimos en un laberinto virtual, presos complacientes de sus intrincados caminos. La red puede verse como un invento útil y revolucionario, capaz de acercar y hermanar a gente de lugares distantes, un espacio donde el altruismo impera, con miles de personas dispuestas a regalar su tiempo y sus conocimientos sólo por amor al arte y por la necesidad de transmitir ideas que ayuden de algún modo a los demás, como el blog de Svetlana Sokolova, o el del propio Antonio Jiménez, concebidos sin ánimo de lucro, sólo como responsabilidad moral de traer la luz allá donde hay oscuridad. Muchos otros ejemplos en esta misma línea podemos encontrar en Internet. Pero también es un lugar medroso, el ojo que todo lo ve y el oído que todo lo oye, el Gran Hermano que un día George Orwell concibiera, ese laberinto donde sólo somos presas fáciles y voluntarias de ese Poder en la sombra que nadie conoce pero acumula de cada uno de nosotros más información que nosotros mismos y la utiliza para inmiscuirse en nuestras vidas y doblegar nuestra voluntad, poniendo así un apellido indeseable a la palabra democracia. *«El problema es que la red ha democratizado*

la capacidad de manipular a los demás. La mentira alimenta el miedo, la frustración y el odio. Y esa situación acabará poniendo en riesgo a la propia democracia». Como dijera Agustín García Calvo cuando acuñó el término *Tontocracia*, los de los sistemas democráticos son los mejores súbditos que cualquier régimen puede aspirar a tener: personas que se creen libres cuyas voluntades están dominadas desde la cuna por ese nuevo dios tiránico que se hace llamar mercado. En los regímenes totalitarios los ciudadanos son conscientes de su falta de libertad y pueden tener el impulso de acabar con la tiranía que los atenaza. Sin embargo, en las democracias capitalistas el pueblo se sabe libre, eso le han enseñado, y no siente la necesidad de luchar contra el sistema, pero no son las personas en ningún caso quienes dictan las normas, sino, muy probablemente, las grandes fortunas, compatriotas o no, que gobiernan los mercados.

En definitiva. *eLABERINTO* es una novela imprescindible para entender la actual situación del mundo, una obra que desvela secretos a voces de la geopolítica y un magnífico análisis no sólo de las relaciones entre los países, sino también entre los hombres. Para ello Antonio Jiménez no ha escatimado esfuerzos para documentarse acerca de lugares ignotos y de hechos y asuntos previsiblemente desconocidos por el lector, que cuando navega por este laberinto percibe el gran trabajo de documentación que hay detrás de obra. Que ustedes la disfruten.

Fernando Rivero García



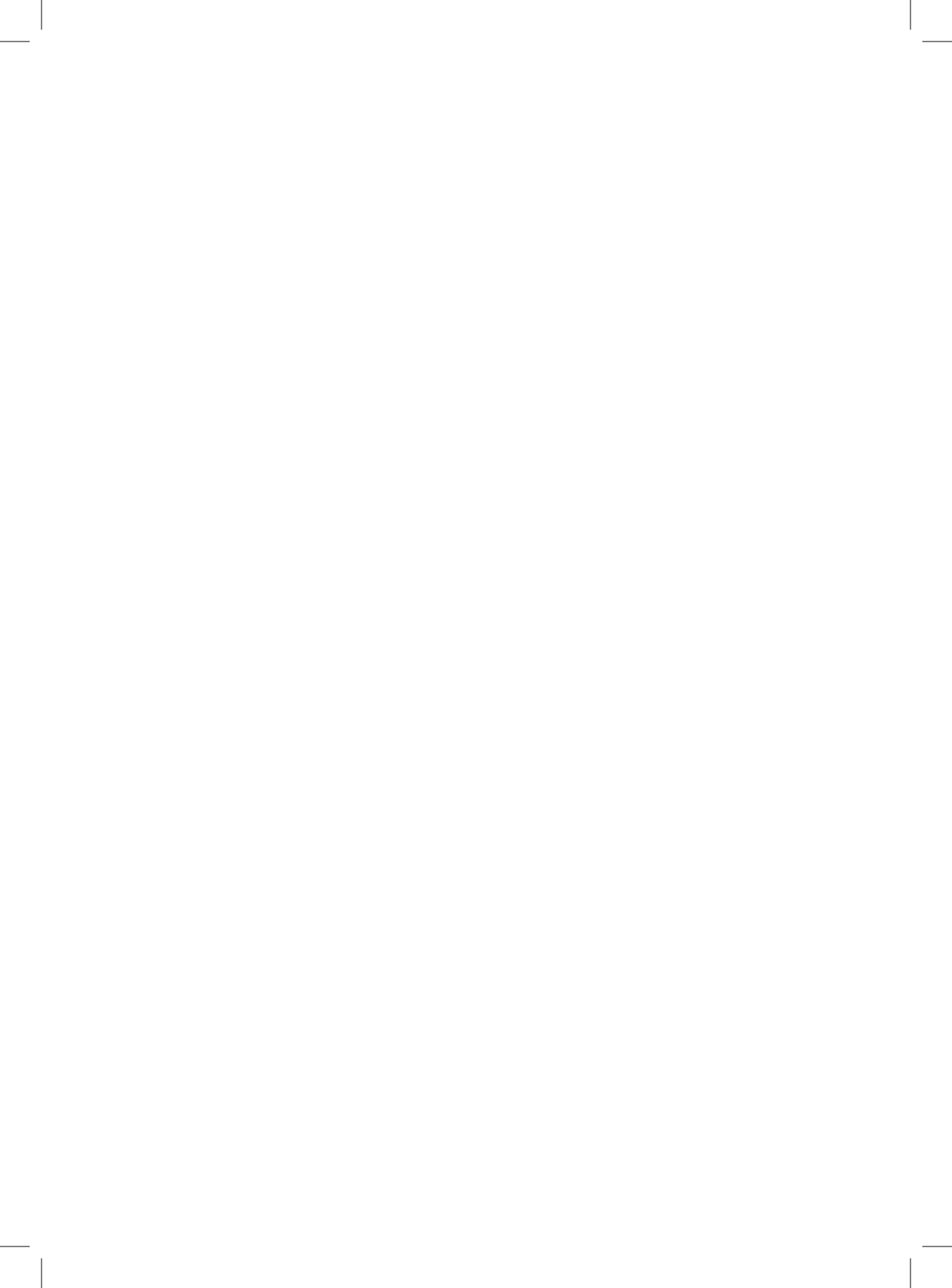
Escribo desde un naufragio,
escribo .../...
sobre lo que hemos destruido entre todos nosotros,
escribo desde la noche,
desde el clamor del hambre y el trasmundo,
desde la mano que se cierra opaca,
desde los niños infinitamente muertos,
desde el árbol herido en sus raíces.
Pero escribo también desde la vida,
desde la muchedumbre que padece.
Escribo, hermano mío, de un tiempo venidero.

José Ángel Valente
«Sobre el tiempo presente»

Hoy soy una mujer como una estrella,
volé como si no supiera dónde estaba el suelo.
No tengo edad, mi brillo me ilumina,
en los cristales de las luces de marzo me reflejo.
Me veo transparente y clara, inmensa y grande.
Llego sin escalas hasta las altas cumbres
que subieron para alejarlas de mi altura,
pero no hay dificultad que pueda detenerme.

Me crezco a voluntad de cada impedimento
y me ofrezco a la humildad de los vencidos
y al satisfecho orgullo del maestro
y a toda la dignidad del ser humano

María Dolores Almeida
«La casa como un árbol»



NOTA PREVIA

Recibí este documento mediante mensajería en la sede de Moscú de la Televisión en la que presto mis servicios como corresponsal, la British Broadcasting Corporation. Fue el viernes 17 de marzo de 2018 a primeras horas de la mañana.

Lo acompañaba una nota manuscrita de Valentín Borobiov, un hombre que ganaría una notoriedad inesperada e inmediata. Me recordaba una entrevista que realicé a Svetlana Sokolova. Y me recordaba también una canción, «Metaxú», que yo compuse para ella.

Pedía mi mediación para que los hechos que se cuentan ganaran el interés de alguna editorial de mi país.

«Los rusos –escribía– hemos vivido siempre sometidos al silencio. No hablamos nunca de los crímenes de la Revolución, como si jamás hubieran sucedido. Y tememos hablar de los crímenes con los que ahora convivimos. Denunciarlos suele traer nefastas consecuencias. Pero los crímenes silenciados, enterrados bajo el miedo, son una semilla para nuevos crímenes que surgirán en el futuro. Sólo hay que esperar que esa semilla encuentre condiciones aceptables».

A media tarde de aquel mismo día Valentín Borobiov se convirtió en noticia a su pesar. Supimos que había sido detenido un día antes y que, tras reconocer las acusaciones que pesaban sobre él, comparecería en rueda de prensa sin preguntas.

Aquella urgencia tenía su explicación.

Dos días después las urnas debían establecer su veredicto en la primera vuelta de las Presidenciales.

Valentín Borobiov compareció en la propia sala de vistas del tribunal moscovita de Lefórtovo, atestada de periodistas, ante los que

reconoció su implicación en los acontecimientos extraordinarios que habían marcado la campaña electoral.

La Agencia Tass distribuyó, además, su confesión con rapidez desconocida.

El mundo conoce con detalles su traición al Estado, su condición de bandido cibernético y su implicación en una oscura intriga para arrebatarse a la competencia democrática, una tradición de tanto arraigo en Rusia –si se me permite la ironía–, su propia condición de juego noble y libre en la confrontación de las ideas.

Ahora arrastra su existencia en Oremburgo, a casi mil quinientos kilómetros de Moscú, a orillas de río Ural.

Lo acoge una prisión con fama de inviolable y de inhumana, la colonia penitenciaria IK-6, aunque es conocida con el nombre popular de «El delfín negro». Ese nombre se debe a la figura de un delfín que adorna una fuente en su entrada principal. Un preso artista la esculpió hace ya muchos años.

Nadie ha escapado de aquí en su ya larga historia. Así que el calificativo de inviolable parece pertinente. Y seguramente, el de inhumana se la habrá ganado en buena lid. Cualquier prisión rusa de máxima seguridad lo tiene merecido.

Convive allí, en aislamiento relativo, con lo más abyecto de la Rusia criminal, asesinos en serie y terroristas.

He oído rumores de que hay también entre sus muros algún caníbal ruso.

Los presos de la colonia penitenciaria IK-6 tienen derecho a recibir visitas cuatro veces al año. Esa limitación no preocupa demasiado a muchos de los que purgan allí sus culpas, porque no hay nadie en el mundo que tenga interés en visitarlos. Uno de ellos debía ser Valentín Borobiov, según la sorpresa que recibió cuando le anunciaron mi presencia.

Hablamos largamente, con cierta independencia y vigilancia distante y relajada, cosa que me produjo una sorpresa justificada. Tampoco hay límites horarios. Supe que una visita podía prolongarse todo un día.

Yo tuve la ocasión de confirmarle que este libro vería la luz sin duda alguna. Entonces él, de viva voz, completó este relato. Palabra por palabra. Hablaba con una voz rota, profunda, sin matices; una voz que anunciaba que aquel hombre había perdido definitivamente todas las batallas.

Tras escuchar de su boca el epílogo de este libro que él imaginó cerrado cuando me lo envió, yo consideré apropiado trasladarle información a la que él probablemente le encontraría significado.

Le comuniqué que un fallo en el momento del despegue de su avión privado en el Aeródromo Blagoveshchenie en Sérguei Posad puso fin a la vida de Arkady Bordarenko, el accionista principal de Rossibank, miembro destacado de la Cooperativa *Ozero Dacha*¹ y compañero de Vladimir Putin en los campos de golf, cuya práctica compartían.

Aquel desgraciado accidente está entre las noticias destacadas de la prensa del día uno de abril, apenas dos semanas después de que Vladimir Putin se proclamara vencedor en las elecciones presidenciales.

Arkady Bordarenko fue considerado en vida como el banquero de Putin y era de sobras conocido que las sanciones extranjeras contra el Banco Rossibank habían colocado a dicha institución en situación de riesgo de quiebra financiera. Era también uno de los patronos principales de la Fundación Madre Rusia.

1. *Ozero Dacha*: una cooperativa surgida en San Petersburgo, asociada al círculo íntimo de Vladimir Putin. En 2012, los miembros de la cooperativa *Ozero* habían asumido los primeros puestos en el gobierno y los negocios rusos y tuvieron un éxito financiero extraordinario. (Nota del traductor)

Apenas unos días después, el siete de abril, en las proximidades del lago Baikal, zona en la que se había declarado el estado de emergencia por la superpoblación de lobos y en la que se celebraban cacerías de dichos animales fuera de temporada con autorización del propio Estado, murió en accidente de caza Andrei Miller, director ejecutivo de la división privada de Gazprom.

La política exterior del Kremlin y la desconfianza que genera provocan dudas en la Unión Europea sobre la conveniencia de acabar el gasoducto Nord Stream 2, proyecto en el que Gazprom lleva invertidos miles de millones.

Europa teme que un día la dependencia del gas ruso se convierta en una servidumbre insoportable en caso de conflicto.

Tres días más tarde, el diez de abril, en un hotel de Londres, electrocutado, accidentalmente al parecer, en la bañera por un calefactor, perdió la vida Alexander Olenín, presidente de TVEL.

TVEL es una sociedad anónima abierta mediante la que el capital privado ha desembarcado en Rusia en el negocio estatal de uranio enriquecido. Se dedica a la producción y exportación de combustible nuclear. Su principal cliente es la República Popular China.

Valentín Borobiov me agradeció la información sin otro comentario.

Y el epílogo de este libro traspasó en mi móvil como archivo de voz los muros de la colonia penitenciaria IK-6.

No sé si con ello le habremos arrebatado para siempre su condición de prisión inviolable.

Amargamente me encomendó que destinara los derechos de autor a alguna buena causa, porque el dinero no tiene utilidad alguna en «El delfín negro».

Yo quise saber por qué razón, aquel viernes de marzo, él aceptó comparecer ante la prensa y desmontar en unos minutos la venganza que elaboró tan a conciencia.

–«En buena medida yo estaba equivocado» –respondió.
–«Tampoco soy un héroe». «Le temo al dolor y a la tortura».
La historia que Valentín Borobiov nos ha legado es la que sigue.

Steve Ben Abram
Corresponsal en Moscú de la BBC
Febrero 2019



I. NOVODÉVICHÍ

Nos embrutece tanto el dolor que no encuentra consuelo que llegué a odiar a desconocidos porque los vi reír. En mi conciencia debía haber cobrado cuerpo la pretensión estúpida de que la humanidad entera debiera guardar un luto riguroso.

Svetlana Sokolova estaba muerta.

Su muerte tuvo lugar en la primera semana de julio. Y el viernes, siete, se celebró su funeral, un funeral de Estado. La ciudad le concedió el raro privilegio de una tumba en el cementerio Novodévichí, quizás porque su muerte fue una muerte de Estado; libró al Estado de mucha incertidumbre.

Durante el funeral recordé que esa misma noche, viernes templado de julio, Svetlana y yo habríamos tenido un inexcusable compromiso en los jardines de la casa Arjánguelskoye, ese Versalles ruso en cuyas dachas oficiales se generó la nueva Rusia.

Hacía años que Svetlana y yo no faltábamos al festival de *blues*.

A ella le encantaban los *blues* por alguna razón que se me escapa. Me dijo alguna vez que los *blues* son el cofre del tesoro de la música en el que puedes encontrar cualquier sonido. Dijo también que los *blues* son la caja del tiempo donde un país que empezaba a construirse había enterrado sus primeros desgarros y sus verdaderos sentimientos. Pero es posible que la afición por aquella música que yo asocio con la melancolía y la tristeza de los esclavos negros, gente lejana y desgraciada, tuviera algo que ver con su afición por los poetas tristes que ponen voz a una patria dolorida, al amor traicionado o a las esperanzas que jamás se cumplen.

Rusia es una tierra triste y una enferma permanente de melancolía.

Tiene motivos.

La historia de Rusia es un círculo vicioso; parte del sufrimiento para llegar al sufrimiento tras un largo y sufrido recorrido. Nadie sabe del sufrimiento más que Rusia.

Seguramente los gemidos de las guitarras y las armónicas no le traerán ningún consuelo.

Por lo que a mí respecta carezco de gusto musical.

Y durante la mayor parte de mi vida nunca me interesé por los poetas.

Reconozco que durante algún tiempo estuve leyendo poesía femenina. Svetla me guio. Poesía de mujeres desconocidas que nunca estarán en los manuales de Historia de la Literatura, mujeres que comparten sus versos en las redes.

—La poesía es música que se escribe con palabras —me dijo ella en alguna ocasión. Pero no es sólo música —añadió. Puede ser la proclamación de una plenitud inesperada, un aullido de impotencia, el grito de socorro de un solitario que se ahoga, o un disparo certero que hiere tu conciencia. La poesía presta palabras a la tristeza colectiva, explica nuestros miedos o insinúa razones para que arraigue la esperanza.

En general, no experimento ni un pensamiento cordial hacia la gente, pero esa poesía me reconciliaba a ratos con el mundo. Esas mujeres que ella me descubrió constatan la miseria con ternura, con esperanza amarga; caminan hacia la oscuridad, pero llevan entre las manos una antorcha; desesperan, pero reclaman plenitud; se proclaman libres, aunque caminen en ocasiones arrastrando cadenas.

A ratos, me reconciliaban con la gente.

Confíe en el consejo de Svetlana Sokolova.

Ella me aseguró que había que escuchar aquellas voces, porque explicaban los íntimos desgarros del presente desde una perspectiva que llevaba siglos silenciada.

Yo era sin duda la persona más dolorida del cortejo fúnebre, pero asistí al sepelio desde una distancia suficiente, sintiéndome un extraño en el funeral de la mujer que amaba.

Distinguí al primer ministro Medvedev, a Volodin, el presidente de la Duma, al alcalde Sergei Sobianin, y al vicepresidente Sergei Ivanov. En lugares destacados del séquito uno podía reconocer a algunos de sus compañeros de Facultad y a compañeros de partido.

Reconocí también en la distancia a Steve Ben Abram. La BBC ya había cubierto la noticia de su muerte. Supuse que estaba allí a título personal y parecía certificarlo el hecho de que acudió sin su acostumbrado séquito de cámaras y productores.

Pero me llamó la atención sobre todo la afluencia de personalidades extranjeras. A pesar de saberla una persona reconocida por sus iniciativas políticas de vocación universal y a pesar de compartir su intimidad, sólo aquel día de su sepelio tuve yo conciencia plena de hasta qué punto ella se había ganado el respeto internacional.

Y algún tiempo después pude confirmar que aquel respeto la convirtió en una mujer marcada en la agenda de gente sin conciencia a la que el poder encomienda que lo libre de amenazas.

Svetlana Sokolova tuvo un sencillo responso ortodoxo en la catedral de Nuestra Señora de Smolensk, una de las dos iglesias del Monasterio Novodévichi que fue cárcel de mujeres nobles descarriadas o rebeldes en tiempo de los zares y luego, con la Revolución, museo de la mujer emancipada.

En el presente, el poder más duradero, el de la iglesia ortodoxa, logró restablecer sobre las ruinas de la Revolución el culto primigenio.

La Iglesia es como una antigua hechicera griega que Svetlana Sokolova mencionó una vez, la pitia; ha perdurado porque conoce el futuro con mucha antelación. Aprovecha como nadie el poder del miedo, la amenaza del vacío y el consuelo de la vida eterna. La religión ha fortalecido sus cimientos con el miedo a la muerte.

Lenin lo dijo alguna vez: «La religión es necrofilia».

Cuando las esperanzas en la Revolución se derrumbaron, los viejos ateos volvieron a las iglesias en busca de alguna forma de consuelo para sus vidas miserables.

Quizás Svetlana merecía un lugar así.

No era creyente o al menos nunca lo supe, pero sí era una mujer emancipada y rebelde.

Sólo una vez hablamos de Dios, que yo recuerde. Concluimos aquel día que el mal que tanto abunda en la vida del hombre casa mal con la idea de un padre todopoderoso que nos cuida.

—Al contrario de lo que afirman los libros sagrados —dijo aquel día Svetlana— fue el hombre el que creó a Dios. Históricamente sabemos que hubo un proceso selectivo a medida que la mente humana aumentó su capacidad conceptual. Primero adoramos al fuego, a los montes y a los ríos; luego comprendimos que el alimento dependía del sol y empezamos a adorar a las estrellas; al final optamos por dioses a nuestra imagen y semejanza, soberbios, aburridos, caprichosos y terribles, incapaces de administrar su soledad. Para entonces ya teníamos el placebo de la vida eterna.

¡Qué soberbia, aspirar a la eternidad! La eternidad se la reservan los dioses para ellos. Si uno lo piensa un poco descubrirá que la eternidad ha ido perdiendo consistencia en los discursos religiosos. La eternidad se diseñó para gente analfabeta y hambrienta, gente quebrantada de trabajar de sol a sol para poner un plato de comida sobre la mesa. O para acudir a la guerra en defensa de las ambiciones de otros. Pero esa vieja eternidad carece de atractivo para la gente de hoy; no haría sino generar espíritus depresivos vagando por el paraíso.

Convivimos mal con el vacío.

Dios nunca me ha resultado necesario; es sólo una idea con la que pretendemos rellenar vacíos, el vacío del universo y el vacío de la fosa que espera nuestro cuerpo.

La fe llenó también durante mucho tiempo los vacíos que genera la curiosidad, el afán de saber. La voluntad de Dios fue durante siglos la única causa que lo explicaba todo.

Fuera de la iglesia, una verdadera multitud estaba acompañando a Svetlana Sokolova en aquel viaje sin retorno. Ella fue depositaria de muchas esperanzas que frustró su muerte. Muchos lloraban. Ella no tenía otra familia que aquellos que lloraban al paso de su féretro.

También me tuvo a mí.

Aquel día –hay sentimientos escondidos en nuestro interior que cuando afloran nos sorprenden– me descubrí deseando haber tenido guardado en algún cajón un certificado de matrimonio, un título de propiedad indiscutible sobre aquella mujer muerta.

Habría reclamado mi derecho a una ceremonia íntima, más acorde con mi dolor que era un dolor telúrico, profundo, de falla que se quiebra en el interior de un continente.

Yo no estaba enterrando una esperanza. Svetla había sido una forma de vida.

Acostumbrado a la seguridad de mis certezas defensivas, certezas que durante años no me preocupé por confirmar, quizás porque la duda te señala ante el poder, yo estaba preso de un dolor insobornable y destructivo.

No es bueno depositar el íntimo sentido de tu vida en manos de nadie que no te garantice que morirá después que tú. Ella me lo advirtió hace ya mucho tiempo, al comienzo de nuestra relación: ‘No me digas nunca que la vida sin mí carece de sentido porque es falso; si alguna vez empleas ese argumento yo sabré que tú estarás pidiendo que mi amor deje de ser un acto libre y generoso y se convierta en un deber caritativo’.

No se lo dije en vida.

Ahora que está muerta y no puede escucharme, puedo decir sin temor a que escape de mi lado que la vida sin ella se me antoja un desierto que debo cruzar solo.

Svetlana Sokolova fue la mujer más celosa de su libertad que yo haya conocido. Ella no me mintió sobre aquella aspiración.

–No me pongas cerco, Valentín. No intentes aprisionarme en tus necesidades o escaparé corriendo de tu lado.

Pero yo nunca necesité más amor del que me dio.

Hasta que ella entró en mi biografía, por la puerta de atrás, sin estridencias, el mundo carecía de verdades rotundas, de esas verdades que hay que defender a toda costa. La vida consistía en ir sorteando las esquinas evitando un encuentro indeseado.

En mi caso era fácil. Se trataba de ser útil y de no ofrecer ninguna resistencia.

Pasó el cortejo fúnebre ante la tumba de Nadia Alliluye Stalina², giró luego a la izquierda y en la última calle, junto al muro de ladrillos rojizos, y se detuvo ante una fosa recién removida. Quizás ella mereció por su entrega apasionada a enaltecer a los autores rusos una tumba en el selecto Jardín de los Cerezos, junto a los huesos de Chejov. Pero acceder a esa zona noble, casi museo que intenta defender del olvido a gente tan notable, debe requerir méritos extraordinarios de los que Svetlana carecía.

El Jardín de los Cerezos tiene ya todos sus palacetes ocupados.

Nada habrá más igualitario que la muerte. Pero Novodévichi proclama que hasta la muerte falla en ocasiones con su rasero puntual, porque hay allí lugares nobles y lugares destinados al olvido. En uno de esos descansa Svetlana Sokolova. Su tumba sencilla se excavó en el lado norte, mucho más descuidado, entre las tumbas más antiguas que bien pudieran ser de otro cementerio cualquiera, entre las que no hay monumentos que perpetúen la gloria de los muertos insignes, ni recibe las visitas guiadas de los turistas.

2. Nadia Alliluye Stalina fue la segunda esposa de Stalin, muerta en extrañas circunstancias. (Nota de traductor)